

31 de agosto de 1969

Querido Antonio,  
el miércoles pasado recibí "Una ventana a la carretera" cariñosamente dedicado. Te lo agradezco muchísimo, no sólo por el detalle, sino por los extraordinarios ratos que me has hecho pasar. Anteriormente había leído algún cuento tuyo en 'Insula', el de la visita del obispo... así como varios poemas; más supe de tí gracias al pobre Ramón, que te estimaba mucho, pero gracias al libro recibido puedo, al fin, hacerme idea personal de tu talento de escritor. Sólo siento que no me lo enevias antes; me hubiera encargado de la reseña para 'Insula', y hubiese tenido tiempo de incluirlo en la lista de libros que mis estudiantes tendrán que adquirir y leer en el próximo otoño, un curso graduado sobre la novela española a partir de 1940 (el cuento sólo está representado por 'La cabeza del cordero' de F. Ayala). De todas formas, tiempo habrá de escribir sobre tí, y de estudiar tu libro en cursos futuros. Digo todo esto, sin dejarme llevar de 'villafranquinismo', sino porque me siento identificado con tu manera de escribir, porque tu libro me ha gustado enormemente.

Si el cuento 'es' un incidente, si no pide que suceda nada de particular, y dura lo justo, tus técnicas pueden ejemplificar la manera de hacerlo. Tus cuentos descansan en una anécdota, a lo sumo dos, y lo que me maravilla es ver cómo la estrujas, al mismo tiempo que la haces secundaria al perfil de los personajes. Para algunos cuentistas la anécdota es el núcleo del cuento; la anécdota hace al personaje; otros cuentistas -como tú- operan de manera que el personaje haga la anécdota, que ésta le siente a aquél como un traje a la medida; en consecuencia, el personaje viene antes que el 'suceso' y la autonomía del pequeño mundo de ficción queda asegurada. Esto es lo que, a mi manera de ver, sucede en 'Beltrán, primera especial' (¿No retratas a Ortiz?), 'Santa Bárbara, cuando truena', 'Los Cedilla', 'El primo Tanis', 'Hermosa primavera, señor director', y 'Unas botas del 43'. Cito estos cuentos porque ponen de manifiesto lo que dije más arriba. 'Beltrán...', y 'Hermosa primavera....' son verdaderos modelos de cuentos sin apenas incidente, de mundos sugeridos; 'Unas botas del 43' tiene casi argumento de relato, pero el retrato de Gelín, y el de Sebastián revelándose con el puñetazo sobre la mesa, se imponen sobre la anécdota (Este cuento me parece colosal).

Durante todo este verano, aparte Baroja, he pasado muchísimas horas leyendo a nuestros 'super-contemporáneos' (en preparación para el curso otoñal). Hace tiempo que vengo diciéndolo a mis estudiantes y por escrito que lo que le hace falta a nuestra narrativa, tan falsamente social, tan declamativa, llorona y tremendista, es un poco de humor; al gran realismo español -que es el estilo de nuestra mejor literatura- jamás se le ausentó. La ironía apacible en que envuelves tus cuentos, no impide la presentación del pequeño drama que es la vida cotidiana, pero la hace aceptable (¿qué otra cosa tenemos que hacer todos?), como le sucede al buen Cedilla, o al sabio tío Candela. Sano humor, que te atraerá gran número de lectores, porque no está estilizado y si en ocasiones pica, no caricaturiza o desrealiza a los personajes. Y como no hay humor que venga sin estilo, creo que el tuyo proporcionará mucho trabajo a la crítica tan pronto como añadas dos o tres títulos a la lista de tus publicaciones en prosa.

No quiero silenciar otro acierto: si Villafranca y algunos villafranquinos andan al fondo del libro, esa materia prima está tan sustanciada y recreada literariamente que delata el poder de tu imaginación; así escaparás del pecado 'regionalista', patrioquiquero, que siendo obsesión de algunos escritores, les lima la imaginación, y a la larga les anula, porque no saben ver otros horizontes. El Bierzo es fantástico y hay que hablar de él, pero la literatura es ficción,

y si en Villafranca no ocurren dramas o cosas grandiosas, hay que inventárselos. El Bierzo pone la sal; el escritor debe poner el talento. Francamente, estoy entusiasmado al ver el movimiento literario que da esa tierra tan amada por mí. En Ponferrada están dando el empuje, y algunos de los que escriben en 'Aquiñana' tienen muchísimo talento.

Hablando de Villafranca, te escribo casi en vísperas de salir para España. Mi hermana pequeña se casa el 20 de septiembre, y el 3 mi mujer y yo volaremos hacia Madrid. A Villafranca iré -no faltaba más- para las fiestas del Cristo; desgraciadamente sólo podré estar dos o tres días a lo sumo, pues el 24 de septiembre regreso a Pennsylvania. Espero que el 13 o el 14 podamos vernos allí; si nos detenemos un día en León, te llamaré, y si por un casual estás en Madrid llámame.

Llevo un año enseñando en la Pennsylvania State University; vine como especialista del siglo XIX, pero al marcharse el Jefe, le he suplido en la narrativa del XX; que era su especialidad. (Esto de los especialismos es una gaita). En abril me hicieron también profesor de la Escuela Graduada, y así es que estoy dando cursos a los estudiantes de doctorado, y a partir del próximo curso, el que empieza el 29 de septiembre, me tocará examinar a los candidatos de licenciatura y doctorado (exámenes finales) así como dirigir o formar parte de los comités de tesis y tesinas. Un horror de trabajo, máxime porque yo aun no he concluido mi disertación doctoral, y lo lógico es que me dedicara a la mía y no a dirigir la de otros, que hasta puede que acaben antes que yo. Pero son las diferencias entre el Departamento en Texas -sin duda, el mejor del país- y éste, Universidad aún más grande (42,000 estudiantes), pero con un departamento de lenguas románicas 'standard'.

La naturaleza que rodea a State College -increíble nombre para pueblo- es soberana; bosque y montaña, cuatro estaciones maravillosas (aunque el frío de noviembre al mes de abril es terrible). Mis colegas son gentes sencillas, no hay envidias ni trapicheos. Y sólo tengo que lamentar lo caro de la vida en este Estado (el que más impuestos tiene de los de la Unión), y el que me hayan cargado de responsabilidades cuando soy profesor joven y primerizo. Como te he dicho, las paso negras para compaginar la preparación de cursos, mi tesis doctoral sobre Baroja, la presencia en comités y otras gaitas, y lo que es más importante para mí, el poder escribir. Teníamos un jefe excelente, pero se marchó a ocupar cargo similar en la Univ. de Illinois -cuyo Departamento es mejor que el de aquí-, y ahora estamos en esos momentos de decidir quién deseamos para nuevo Jefe; los candidatos que vinieron de fuera, no me convencen; dentro del departamento hay alguno, pero no se si resultará elegido. Por lo tanto, si el nuevo chairman no es de mi agrado, y el trabajo en la Escuela Graduada resulta desproporcionado, es muy probable que me marche de aquí al término del trimestre de primavera de 1970, es decir, en junio de ese año.

Mis horas de escritor están dedicadas en un 85% a Baroja; la tesis avanza (en el fondo se trata de un libro), pero no lo de prisa que quisiera, aunque a juzgar por mi tribunal, parece que voy a decir cosas importantes. El año pasado concluí un libro de poemas "Poemas del limo", muy distinto a los dos anteriores en ese género, pero tropiezo con el problema de todos los poetas que no tengan nombre rutilante: conseguir editor. En prosa, por el contrario, no tengo problemas, de publicar quiero decir; los problemas son de escribir. Desde 1962 llevo escribiendo una trilogía novelesca, concretamente la primera novela, 'El Jubilado', pero como sólo puedo dedicarle un rato aquí y otro allá, no veo el final de esa novela y de las que la sigan hasta dentro de un quinquenio por lo menos. (Lo de trilogía no es exactamente verdad; concibo mi mundo novelesco un tanto a la manera de Galdós). Cuentos sí pude escribir, y aparecerán dispersos en revistas

y algunas colecciones. De hecho dos volúmenes 'Baladas para contar en leguas' (algunos de esos cuentos-baladas aparecieron en 'Insula', y por cierto, me gané los plácemes de Arrabal) e 'Historias americanas' -título provisional- empiezan a engordar. Como crítico sigo adscrito a 'Insula', la revista en la que creo; aparecerá pronto un trabajo sobre 'Alsino' novela modernista del chileno Pedro Prado y alguna reseña 'hispanoamericana'. En este campo planeo dos libros, uno sobre el XIX, y otro sobre el XX; los dos sobre novela. La poesía me disgusta criticarla; es demasiado excelsa para violarla con los métodos que empleamos los críticos contemporáneos. Dejé de escribir para la prensa cuando preparaba, en Texas, mis exámenes de doctorado, especialmente los finales (riete de las oposiciones), y ahora, por eso, y por estar lejos, estoy desplazado. Lo siento porque me encantaba el contacto con la prensa diaria, y el escribir para el pueblo-pueblo. Veo que tú no haces lo mismo, y lo aplaudo. Lo que necesita España es educación, y educación fina, sólo puede venir de la pluma de los buenos escritores. Es lamentable el español que se lee en el 'ABC', 'Ya' y otros periódicos; está cuajado de anglicismos, galicismos, etc,etc. En vez de producir neologismos, la salvación de todo idioma, periodistas y leguleyos apoyan las palabras con tantos prefijos y sufijos que el castellano me da la impresión de un edificio en ruina. Se salvará, espero, en las provincias.

Bueno, esta carta va siendo larga, y tendrás cosas más importantes que hacer. Cuando llegue a España te daré o te haré llegar mis dos librillos de poesía -de 'Historia de mi pueblo', desgraciadamente, no poseo más que un ejemplar, y ya no hay edición-; espero que sigas teniéndome al tanto de tus cosas, y a tiempo, para poder escribir sobre ellas. Otra vez muchas gracias por el libro, y por el placer que me ha proporcionado su lectura.

Un fuerte abrazo de